

LECTURAS DE JUVENTUD

IGNACIO F. GARMENDIA

Entre las muchas especies de lectores, hay quienes limitan su trato a los autores prestigiosos, los nombres sancionados en los manuales o bendecidos por la crítica especializada. Hay también, por el contrario o no tanto, quienes huyen de lo consabido para explorar en los márgenes, recelosos ante cualquier forma de popularidad aunque sea póstuma. Unos delegan en las autoridades la elección de lo que debe leerse y otros se empeñan en transitar por caminos recónditos, porque no se fían de su propio gusto o porque les molesta compartir las amistades. Ahora bien, cuando uno lee por placer, nada de esto tiene relevancia. Atento a la satisfacción de un hábito que muy a menudo se convierte en pasión indiscriminada, el lector hedonista no busca exhibir trofeos, elige lo que le apetece o rehúsa lo que no le gusta y, sobre todo, no reniega jamás de los libros que le dieron felicidad.

Cuando nos acercamos a las páginas donde algunos escritores dejan constancia de las lecturas con las que disfrutaron en su juventud, tenemos a veces la sensación de recorrer itinerarios de donde han sido eliminadas las devociones vulgares o escasamente distinguidas. Todo en ellas parece demasiado pensado o demasiado irreprochable. No es el caso de este libro de Giulia Alberico, donde la autora italiana –hija de maestra y profesora de literatura– hace un sencillo recuento de lecturas sin alardear de clarividencia ni meterse en



Giulia Alberico.

PERIFÉRICA



Los libros son tímidos

Giulia Alberico

Periférica

16,50 euros

122 páginas

profundidades, al hilo de sus recuerdos de niñez y adolescencia. A medio camino entre la autobiografía y el ensayo, el breve relato de Alberico resulta ejemplar en su modestia, muy alejada de pretensiones críticas. Su discurso no es brillante ni especialmente lúcido, sino más bien convencional e incluso demasiado tópico, pero contiene más verdad que la mayoría de las petulantes disquisiciones con las que otros autores consignan su temprano despertar a la literatura.

Durante tres años, en la Italia depauperada de la posguerra, Alberico acompañó a su madre por las aulas de la escuela de un pequeño pueblo de montaña donde “siempre era invierno”. De vuelta a la localidad natal de San Vito Chietino, se matriculó tardíamente en la primaria y empezó a leer de una manera precoz, desordenada y compulsiva. Somerset Maugham, Harper Lee o *Mujercitas*, las selecciones del *Reader's*

Digest, las colecciones populares de novelas por entregas o la *Divina Comedia* en fascículos. Faulkner, Joseph Roth y los clásicos grecolatinos junto a exitosos escritores italianos o internacionales que eran, estos últimos, más o menos los mismos que se publicaban en España. Alberico no analiza las obras, se limita a contar los argumentos y la impresión que causaron en una muchacha soñadora e hipersensible, que no oculta su ingenuidad provinciana ni su predilección por la literatura melodramática.

La candorosa evocación de Alberico, que recuerda a sus maestros o sus librerías predilectas, tiene un acusado tono sentimental que tal vez no agrade a los lectores más resabiados, pero resulta muy representativa de una época menos saturada de información en la que cualquier pequeño descubrimiento valía su peso en oro. La suscripción a una revista o un club de lectura, la biblioteca de un familiar o el quiosco de la prensa eran la puerta a un mundo fabuloso ante el que no cabían los planes preconcebidos, sino el acercamiento desprejuiciado y omnívoro. En muchos casos, esa alegre promiscuidad de la primera juventud ya no se recupera después, lo que no nos convierte en personas más sabias o más felices. Es fácil imaginar la sonrisa condescendiente de los entendidos ante libros tan poco pretenciosos como este, pero también podemos pensar que son ellos, pese a sus muchos y sofisticados conocimientos, los que no se han enterado de nada.